

Alfonso Herrera, por rayo de intuición digna de los filósofos de Jonia, definía el éter como *el protoplasma primordial*. Él debe ser, en efecto, la levadura que hace germinar las células silicatadas de Herrera, los pseudocitos de Mary, los pseudofitos de Leduc, las radiobas de Burke, los corpúsculos de Harting, las granulaciones de platino coloidal de Naegeli, los microrrganismos nacidos *de novo* de Bastian. Él es sin duda quien se incorpora en el *Bathybius* de Huxley, en la *protameba* de los Mary, en los monerianos de Haeckel, en los microzimas de Bechamp, en todas las albúminas y en todos los compuestos orgánicos no al-

buminoides. Es el éter, sin la menor duda, quien constituye los centros animados, concientes, voluntarios, autónomos de todos nuestros tejidos y de todas nuestras células. Él es el «espíritu» sutil que anima «las almas de las células» de Haeckel, los «eteroides vitalíferos» de Clemencia Roger. Desempeñando el papel de «substancia pensante» en la vida del Kosmos, el éter fluido, elástico y plástico va por fin a reconciliar a materialistas y espiritualistas. En adelante, unos y otros deberán reconocer la unidad de la materia, de la fuerza y del espíritu.¹

ARISTIDES PRATELLE

(Concluirá).

Capítulos de una novela inédita

En un café de la ciudad, Luis sostenía conversación con dos camaradas. Cada cual tenía su novia y alguno proyectaba desposarse. Se hacían mutuas confidencias con desparpajo juvenil y se tomaban parecer. Uno de los muchachos hacía gala de despreciar el matrimonio, suponiendo que el amor se obtiene con dinero y que no es preciso cargarse de obligaciones, ni crearse cadenas.

El otro, calladón, con un fondo moral mejor, precisamente el que, comprometido con una joven acaudalada de la sociedad, había concertado próxima boda, escuchaba con interés y discutía en su fuero interno las opiniones.

Sentados al rededor de una mesita de mármol, bebían té y fumaban.

Luis, al oír a su compañero hablar de cadenas, arrojó a lo alto el humo del cigarro, y dijo:

—No obstante, en el paseo el otro día, y esta tarde en el parquecillo de Morazán te ví muy arrimado a tu pretendida y satisfecho con ella. ¿Quién va a pensar entonces que positivamente creas tales cosas?

—¡Bah! Eso no se significa nada. Sabes cuánto me gustan las mujeres; si me aceptan no desperdicio el rato,

es mi gran placer. Las miro y aprecio igual; y si, según la clase, hago distingos, es sólo en fórmulas y cortejos. Me parece que en la juventud es cuando más se goza, y no sería tan bobo para envejecer perdiendo por convencionalismos hipócritas los lances mejores. Pesca en todas partes. Tú sabes bien que no creo en las mujeres, solteras ni casadas.

—¿Qué es lo que no crees?

—En esos devaneos de estudiantes y de tipos criados a la pretina de la madre. No acaricio más ilusión que la del amor sensual. Y para mí tengo que toda mujer no es sino una hembra, y no quiero exponerme. Porque no te figures que sólo me asusta la idea de que, casado, todo el mundo menos yo, sepa que soy una pobre víctima de la traición; también me enfurecería la

¹ Hace ya miles de años que los materialistas reconocen tal unidad. Este reconocimiento es en ellos fruto de una generalización que armoniza y simplifica. Hija natural de la experiencia, esta generalización no implica afirmaciones prematuras ni se realiza a fuerza de voluntarias confusiones. Una cosa es elevarse positivamente a la concepción unitaria del Cosmos (*uni-verso y ordenado*) y otra cosa es caer en la vaguedad oriental, inútil e infecunda.

¿Y qué unidad descubre el lector en el pensamiento de un autor que nos habla de «fuerzas vivas y fuerzas muertas» (RENOVACIÓN número 45), de «mónadas de éter y átomos pesados» (RENOVACIÓN número 46) y del «éter, espíritu, sutil que anima las almas de las células y se incorpora en todos los compuestos orgánicos»?—EL TRADUCTOR.